

Miguel Á. González

Dios no está con nosotros
porque odia a los idiotas



menos**cuarto**

© Miguel Á. González, 2021
© de esta edición, Menoscuarto [E. Cálamo, S. L.], 2021

ISBN: 978-84-15740-72-8
Dep. Legal: P-134/2021

Diseño de colección: Echeve
Fotografía de cubierta: © Filins – Adobe Stock
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain - Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES
Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Nota de autor

En mi casa no leía nadie. Yo tampoco. Mi padre odiaba la literatura con todas sus fuerzas. Tanto era así que, cuando me daba la paga semanal, solía decirme: «No te vayas a comprar un libro o el próximo sábado no habrá más dinero, ¿me has escuchado?». Y yo le hacía caso y me iba con mis amigos y nos lo gastábamos todo en patatas fritas con sabor a jamón y refrescos con burbujas y bombones helados; y después nos sentábamos en una parada de autobús e imaginábamos que algún día seríamos estrellas del *Calcio* italiano como Roberto Baggio o Paolo Rossi o Franco Baresi.

Mi abuelo había sido carpintero y tenía una buena pensión de jubilación; tan buena que una día, cuando iba de camino a casa, un tipo le golpeó en la cabeza para robarle. Supongo que su intención no era matarlo, solo quería que perdiera el conocimiento para poder quitarle la cartera, pero las cosas no siempre salen como uno espera que salgan.

Mi padre y mi abuelo llevaban más de veinte años sin hablarse, pero eso no impidió que cogiéramos nuestras pertenencias y nos instalásemos en su casa tras el funeral.

Tres meses antes de su fallecimiento nos habían desahuciado del apartamento en el que habíamos pasado los dos últimos años y, desde entonces, mis padres dormían en el interior de una Renault Express de segunda mano y mis hermanos y yo vivíamos repartidos entre las casas de nuestras tías.

Mi abuelo abandonó a mi abuela cuando mi padre acababa de cumplir tres años y nunca quiso hacerse cargo de él, así que morirse, para que los cinco miembros de mi familia pudiéramos volver a estar juntos instalados en su casa, fue la acción más paternal que realizó en toda su vida.

La casa estaba construida con ladrillo cocido de arcilla y tenía dos alturas. Nosotros vivíamos en la planta baja y la hermana de mi abuelo en el piso superior. Era una anciana huraña y bajita que nunca salía a la calle. Se llamaba Concepción y tenía dos hijas gemelas de la edad de mi padre. Dos señoras que lucían el mismo corte de pelo, llevaban las mismas prendas de ropa y parecían una versión envejecida de las niñas que aparecen de pie al final de un pasillo en la película *El resplandor*.

Cuando Concepción falleció, una de sus hijas se presentó en nuestra casa con una caja de cartón repleta de novelas. Tenían un tamaño similar al de las libretas que suelen usarse para tomar notas. Había alrededor de medio centenar: todas del Oeste, policíacas o de aventuras. Eran de su madre y por ese motivo no querían tirarlas a la basura, pero ellas no iban a leerlas y habían pensado que quizá a mis hermanos o a mí nos podrían interesar. Eso fue lo que nos dijo. Como eran gratis, mi padre agarró la caja, le dio las gracias y cerró la puerta.

Era verano y la mayoría de mis amigos estaban en la playa o en su pueblo, así que acabé con todas en menos de dos meses.

La primera que leí contaba la historia de un jinete solitario al que varias familias de granjeros contratan para su protección cuando unos ladrones comienzan a asaltar los ranchos colindantes. Su título —no logro recordarlo con exactitud— era algo así como *El cuero del diablo*. Y su autor —aunque también lo he olvidado— seguramente fuese Marcial Lafuente Estefanía o Silver Kane.

Los que más me gustaban eran los libros policíacos. En ellos los protagonistas solían ser detectives —sucios y alcoholizados— que intentaban resolver un crimen mientras se enfrentaban a sus propios demonios.

En la caja que mis hermanos y yo heredamos de nuestra tía abuela Concepción había algunos títulos que habían sido llevados al cine, como *El cartero siempre llama dos veces* o *¿Acaso no matan a los caballos?*, pero la mayoría eran obras menores que nunca alcanzaron reconocimiento, libros como *Los muertos no hablan* o *Escupiréis vuestros dientes* o *Matadme si podéis* o *El sindicato del crimen* o *No hay sitio en la morgue*.

Mis favoritos eran los escritos por Bevis Winter, un nombre asociado a decenas de títulos detectivescos; un nombre que —como solía ocurrir asiduamente dentro del género— seguramente no perteneciese a nadie, un seudónimo tras el que quizá se escondieran varios hombres y mujeres diferentes.

Escribí mis dos primeros relatos de ficción algún tiempo después de aquel verano de lecturas. Ambas historias eran realistas. La primera hablaba de una mujer que, tras quedarse viuda, pasaba los últimos meses de su vida escribiéndole cartas manuscritas a su difunto esposo. El segundo cuento narraba veinticuatro horas en la vida de un niño de diez años que esperaba la salida de prisión de su hermano mayor.

Con cada uno gané un premio literario distinto. Uno de ellos, incluso, apareció publicado en una antología junto al resto de textos seleccionados por el jurado. Tal vez debido al prematuro éxito de mis primeros relatos —si es que recibir dos galardones provinciales puede considerarse un éxito— decidí continuar mi carrera literaria usando situaciones cotidianas de mi rutina diaria como punto de partida, alejándome cada vez más de esas novelas del Oeste, policíacas y de aventuras, que una de las hijas de mi tía abuela Concepción le entregó a mi padre dentro de una caja de cartón una tarde de verano de hace ya más de veinticinco años.

Solo conservo dos de aquellos libros —los dos únicos libros que recuerda haber leído el protagonista de esta novela—, no sé qué ocurrió con el resto y, siendo sincero, ni siquiera sabía que aún guardaba estos. Los encontré por casualidad durante mi última mudanza, dentro de una caja de cartón, rodeados por otras decenas de libros. Exactamente igual que la primera vez que los vi. Y también, como en aquella ocasión, los leí en una sola tarde.

Al terminar sentí la extraña necesidad de escribir una de esas historias de detectives —sucios y alcoholizados— que intentan resolver un crimen mientras se enfrentan a sus propios demonios.

Y aquella idea me pareció tan descabellada, que lo único que pude hacer fue llevarla a cabo.

**Dios no está con nosotros
porque odia a los idiotas**

Capítulo 1

Víctima 2

«Me encantan estos breves momentos de calma antes de la tempestad, siempre me recuerdan a Bethoven.»

El profesional (Léon)
Dirigida por Luc Besson

1.

Hace más de dos años que se jubiló, pero cada vez que regresa al colegio en el que trabajó durante tres décadas, Sofía no puede evitar recordar el último día que pasó allí. Se envuelve las manos en jabón líquido y, mientras deja correr el agua del grifo para que alcance la temperatura óptima, se visualiza en el salón de actos, rodeada por sus compañeros y alumnos. Los primeros le regalaron una pluma estilográfica idéntica a la que la empresa francesa S.T. Dupont le fabricó —a juego con su encendedor— a la primera dama norteamericana Jacqueline Lee Kennedy Onassis. Los segundos una pancarta plastificada, firmada por todos los estudiantes, en la que aseguraban que nunca la olvidarían.

Aún conserva ambos.

A uno de los lados del lavabo hay dos anillos de oro. Sofía lava sus manos con delicadeza y precisión, las gira repetidas veces bajo el agua hasta borrar todo rastro jabonoso de ellas. Coge varias toallas de papel y se las seca. Cuando termina se pone los anillos, ambos en la mano izquierda. Finalmente levanta la cabeza para mirarse en el

espejo y es entonces cuando descubre a alguien situado a su espalda. Parece un hombre. Aunque no puede asegurarlo puesto que cubre su rostro con una máscara de gas. Es más alto que ella, lo que hace que, sin necesidad de girarse, pueda ver gran parte de su silueta reflejada en el espejo, sobresaliendo por encima de su hombro derecho.

Aunque la situación es insólita, la primera reacción de Sofía es sonreír. Durante unos instantes cree que se trata de una broma perpetrada por un grupo de estudiantes y les recrimina en tono cariñoso su actitud. Tarda alrededor de medio minuto en comprender que lo que está ocurriendo no forma parte de un inocente juego estudiantil y, al menos otros diez segundos más, en asumir que está a punto de morir.